

# Capítulo 1

## 1

El doctor Cereceda se descubrió frente a la puerta de acceso a su despacho, en el vigésimo tercer piso de un céntrico edificio de la capital, sin comprender el propósito de verse de pie, con la puerta abierta, mirando (con las pupilas dilatadas) la porción de muro ubicada al otro lado del pasillo.

Lo último que retuvo en su memoria fue una seguidilla de golpes en esa misma puerta, un llamado insistente, momentos antes.

Ahora bien, la cadena de eventos descrita no debiera significar algo distinto a una trivial pitanza: el buen doctor se encontraba en su escritorio, sentado en su silla de psiquiatra con el respaldo reclinado, mirando hacia la ventana y pensando en la razón por la cual él debería estar en esa ciudadela que se veía allá, en medio del cordón cordillerano, cuyas luces lograban atravesar una débil capa de smog apenas levantada tras un par de horas de terminada una refrescante lluvia otoñal; luego, distrayendo su vuelo, alguien golpeó la puerta (no usó el timbre), y lo hizo de manera insistente. Siempre que Cereceda intentaba perder su mirada y luego su mente hacia ese punto del mapa, aparecía algo, cualquier cosa, que lo distraía y lo devolvía hacia donde tenía posados sus pies, o sus nalgas, como en esta ocasión.

Esa ciudadela se volvió, con mucho, un objeto de su deseo insatisfecho: un cuadro ansioso intentaba apoderarse de él cada vez que asomaba tal insatisfacción, llegando a maldecirse por tener una voluntad tan débil y no acabar con aquel tormento de una buena vez. Sin embargo, siempre existió una razón, ya sea poderosa o trivial, que lo mantenía mirando hacia esa dichosa localidad, la cual, la primera vez que la vio, a una hora muy precisa de una tarde de verano, se asomó con un resplandor único e irrepetible, con el re-

flejo preciso de los anaranjados rayos del sol golpeando en los ventanales de los edificios y en el sempiterno glacial que se ubica, siguiendo el ángulo de visión, detrás de ellos, provocando la ilusión de la mítica ciudad dorada de “Los Césares”. Claro que, como hombre de ciencia, el doctor Cereceda no creería ni por accidente en aquel mito, en tanto mito, más aún conociendo la verdadera historia que se oculta bajo las cándidas leyendas de Oreste Plath. Había algo en ese deseo tan simple y tan complejo de satisfacer para un hombre de su posición.

«Algún día» se dijo mientras las lucecitas estampadas en medio de la cordillera se desvanecían bajo el manto luminoso de la capital, justo antes de ser interrumpido por los golpes en la puerta, por los cuales el buen doctor se puso de pie, frunciendo el entrecejo y preguntándose por quién tendría tanta prisa como para molestarlo en su oficina, a dos horas de terminada su consulta, cuando ya la señorita Gertrudis, su secretaria, se había ido, y no existía nadie más que él para atender ese llamado.

El doctor se dirigió hacia la puerta con paso cansino, en medio de los golpes incesantes, manteniendo el control de su molestia incipiente bajo una capa de curiosidad, repasando esos momentos diferentes que sazonaron su rutinaria existencia durante ese día, escarbando en esos rostros de los sujetos con los cuales se topó, o tuvo alguna clase de contacto cuya consecuencia posible resultare en que alguien de ese grupo estuviese urgiendo por verle ya entrada la noche, en su despacho que debiera presumirse deshabitado.

«¡Por supuesto!» exclamó Cereceda, farfullando, pensando en el viejo don Sócrates, el conserje del edificio, hombre cuya honestidad le había traído más de algún problema doméstico en el pasado. «Seguramente ha sido él quien le habrá comunicado a quien sea, que yo aún estoy aquí» reflexionó, culminando en la simulación de una necesaria reprimenda contra don Sócrates y una sugerencia de

que después de las seis de la tarde, lo haya visto salir o no, él no está para nadie que preguntase por él.

Cereceda pensó de inmediato en una posible réplica por parte del viejo don Sócrates, la cual sería algo así como «Y bueno, doctor, si yo no soy su secretaria pues...», porque el viejo aún hoy tiene su fama de ser un hombre de «malas pulgas», como se le dice a las personas que se alteran con facilidad.

La verdad, al final, y la verdad más correcta para el doctor, era que a esa hora él no debería estar ahí, en esa oficina plagada de claroscuros, sino que debería estar preparando su fin de semana de nieve en esa ciudadela cuyas luces anaranjadas ya se perdían detrás de la porquería luminosa que se apoderaba de la capital.

En breves segundos, el doctor dio un resoplido bien sonoro, se recompuso el ánimo, abrió la puerta, y se descubrió mirando con las pupilas dilatadas el muro ubicado al otro lado del pasillo. Se sintió estremecer, y por un instante sintió un temor que desde hacía mucho tiempo no experimentaba.

Sacudió su cabeza, golpeó el vano de la puerta.

—Esa paciente me está influenciando con sus delirios...—reflexionó en voz alta, dando un nuevo golpe contra el vano.

Cerró la puerta. Retornó a su escritorio, y guardó en la cajonera el papel que había estado leyendo y releendo desde hacía unos días.

Ese dichoso papel tenía la clave de todo, pensaba.

Dagoberto Cereceda, un hombre de más de medio siglo estampado en sus ojeras y abultado en su abdomen, en vez de olvidar lo sucedido, en vez de desechar por el desagüe del subconsciente aquella curiosa anécdota, y volver a su departamento a preparar una maleta medio mohosa que ocultaba en el fondo de su closet en eterna espera de un viaje que no llegaba, para luego abordar su automóvil y partir rumbo a la ciudadela; en vez de hacer lo que el sentido común de un hombre sin tormentos dicta, decidió regresar a su de-

partamento, tomar una ducha, beber una copa de vino mientras tragaba la mierda vomitada por la televisión (según su propio pensamiento), y se fue a la cama, con el nombre de Jaime Arrué en su mente, otro como él, entregado a su trabajo en el Hospital Psiquiátrico y absorbido por sus propios tormentos, los cuales descargaba, de vez en cuando, bajo la displicente atención de otro, no tanto como él...

Jaime Arrué se arrellanaba en su asiento de director de la sección de esquizofrénicos del Hospital Psiquiátrico, pensando en ese sujeto nuevo que dormía el sueño de los psicofármacos a unas puertas hacia el fondo del pasillo. En su mano tenía una transcripción literal de una de las escapadas hacia lo inverosímil de ese hombre. No se trataba de cualquier demente: era un genio de la matemática que encontró la locura yendo en pos de otra. Así lo definió y con eso se conformó. Y la imagen de Cereceda ocupó su atención conforme escuchó tres golpes en la puerta y recordó la hora señalada por su amigo para efectuar una visita “de cortesía”. Arrué lo definía como un sujeto sin pretensiones y entregado a su papel que le tocó desempeñar en la vida, como a cualquier otro.

Cereceda era algo neurótico, además; pero, ¿quién no lo era en el mundo que corre hoy? «Siempre pensando en esa dichosa ciudadela», reflexionó Arrué cuando la puerta se abrió... «¿Por qué no se va un fin de semana, y ya?», se preguntó cuando el enfermero se asomó para anunciar que su amigo lo buscaba.

Esa ciudadela en medio de la cordillera, esa cuyas luces la delataban a ciertas horas de la tarde, no tenía nada de especial, salvo por el hecho de que su amigo capturó el preciso momento en que ésta se convirtió en otra cosa. Arrué siempre terminaba reflexiones semejantes recriminándose que él no era quién para criticar las penurias psíquicas de los demás, si él las tenía también. Solo esperaba

que Cereceda, en el futuro, no se convirtiera en un huésped más de su curioso hostal.

El saludo de cortesía. El ofrecimiento del café de cortesía. El rostro compungido de Cereceda le indicó al anfitrión que la cosa, esta vez, parecía ser seria. Con el entrecejo fruncido, Arrué se dispuso a escuchar. Y Cereceda, como solía hacerlo, olvidaba que él era un psiquiatra como Arrué; y Arrué, como psiquiatra, guardaría el secreto de lo que Cereceda le contara. Ese era un código que ambos cumplían con celo, porque, a veces, los roles se invertían.

La oficina de Arrué no era a prueba de ruidos, a pesar de sus gruesas paredes. Lamentos lejanos, espaciados, como gritos en la oscuridad, se colaban entre los intersticios de la puerta. Pero, ambos ya estaban acostumbrados. Si hubiesen sido patólogos, serían de esos que disfrutaban de un sándwich de jamón con queso mientras examinan un cadáver. En medio de esa convención, Arrué escuchó atento el extraño suceso narrado por Cereceda.

Un resoplido por parte del doctor. Un arqueo de ceja por parte del paciente. Cereceda le preguntó si acaso él estaría próximo a jubilarse, en clara mención a una incipiente dolencia mental, contagiada quién sabe cómo. Arrué sonrió ante la ironía con tintes de inquietud de su amigo. Los virus quedaban fuera de la discusión, por supuesto.

—Eso me parece un caso para un neurólogo...—reflexionó Arrué para sí mismo, aunque en voz alta, porque aquello, según él, fue un evento de suspensión de la realidad: la percepción de Cereceda sufrió algo así como un «reset», una detención completa con un nuevo inicio—¡Extraño!

—¿Y la vista dilatada? ¿Cómo explicarías eso?

—De la misma manera... ¿Qué tan dilatada la tenías?

Cereceda sonrió:

—¿Que Qué tan dilatada la tenía? ¡Cómo lo voy a saber! Solo sé que estaba dilatada, y que no había ninguna razón para que fuese así... ¡Y más encima de un instante a otro!

—Hagamos el experimento... Tratemos de provocar esa misma dilatación.

—¿Con qué objeto?—preguntó Cereceda, mezclando inseguridad e incredulidad.

Arrué se encogió de hombros. No tenía muchos datos con qué trabajar, y no iba a invertir recursos en un problema que no estuviese bien tipificado. Necesitaba comenzar con algo, y lo más a mano que tenía era intentar replicar la dilatación ocular que dijo Cereceda que sufrió en un lapso de un segundo. Su amigo estuvo de acuerdo con los argumentos, y se propuso armar el experimento.

Cereceda fijó diferentes objetivos en la habitación. Se ubicó a diferentes distancias, pero no logró encontrar el patrón buscado, la dilatación de sus pupilas tal y como él la recordaba. Tomó una fotografía de Jung colgada en la pared, la ubicó sobre uno de los estantes de la enorme biblioteca detrás de Arrué: nada. Luego, se enfocó en su colega sentado con sus manos en cruz sobre su panza prominente... No hubo caso. No fue así.

La habitación se llenó de desenfoques y distorsiones visuales que no tuvieron ningún sentido.

Arrué se largó a reír.

—¡A lo mejor tienes razón, y se aproxima tu jubilación!

Cereceda no halló divertida la intervención de Arrué, a pesar de haberla sugerido él mismo. El misterio de la pitanza debía ser revelado, así tuviera que descubrir algún desliz de su mente o de su imaginación.

—Tratemos de armar un nuevo experimento...—le propuso Arrué, evidenciando agotamiento—¿Te parece?

—Adelante... ¿Qué sugieres?

—Mencionaste que mirabas la pared opuesta a la entrada de tu oficina, ¿no es así?

—¡Por supuesto!

—¿Cuál es el ancho del corredor?

—La pared está a tres metros de la puerta—contestó Cereceda, como ido.

—¿Quieres decir que el corredor tiene tres metros de ancho?

Cereceda no estaba para esos detalles del lenguaje. No en ese momento. Necesitaba una explicación. La mente siempre la necesita, la busca y no se detiene. Es como su propósito: encontrar un propósito para todo. Arrué no condenaría a su amigo por eso, así como no condenaba a los huéspedes de la institución.

—Reformulemos el experimento con ese nuevo dato...

Él miraba las cosas con la frialdad propia de las personas en su posición: desde afuera. Era muy bueno en eso. Adentro de los problemas, Arrué era tan vulnerable como Cereceda y como casi cualquier otro como ellos.

Se levantó de su sillón con agilidad y se tomó la fotografía de Jung. La desempolvó con un soplido y luego retornó a su sitial, recriminando a la ausente señora del aseo por la poca prolijidad puesta en la limpieza.

Cereceda hizo un gesto con su mano: eso no le importaba.

Arrué observó hacia todos los lados de la habitación y dibujó un mapa en su mente.

—¡Tu silencio me abrumba!—criticó su amigo, y aquel respondió con una sonrisa burlona.

Entonces, se ubicó de espaldas a la puerta. Cereceda se incorporó, pero se puso a un metro de distancia de su amigo.

—¿Qué quieres hacer?

—¡La curiosidad te mata!

Luego, calculando la distancia aproximada, abrió la puerta y se ubicó en el centro del pasillo, a cuatro metros de distancia. Avanzó hacia Cereceda con la fotografía cubriéndole el rostro, mostrando un leve rengueo.

Este meneó la cabeza con un amago de risa.

—A todo esto, no te pregunté cómo sigue tu pierna... ¿Ya estás mejor? Noto que aún tienes una leve cojera.

—Ya estoy bien, gracias por preguntar... Ayer me tomé un día sabático, ¡y por Dios que no debí hacerlo! Pero, ¡no nos desviemos, por favor! ¡Concéntrate! Te sugiero que mires fijamente a Carlitos... ¡No apartes la mirada de sus horrendas facciones!—le dijo mientras avanzaba con lentitud—Así, como miras esta fotografía, trata de observar el borde superior del marco, de tal manera que, sin quitar el foco del marco, captés en el fondo el muro que está a mi espalda...

Cereceda consideró absurdo el experimento, pero cumplió lo indicado por el colega.

—Ya estoy mirando...—anunció, luego de hacer un esfuerzo.

Arrué se quitó de la vista de Cereceda lo más rápido que pudo, no sin antes advertir encarecidamente que no dejara de mirar el espacio donde se encontraba la fotografía.

Cereceda no cambió el foco de la vista. Y, entonces, encontró el patrón anhelado:

—¡Dios mío!

—Alguien te fue a ver, pero lo olvidaste por completo...—fue la sentencia final de Arrué.

Un engaño de los sentidos, una suerte de mala jugada de la percepción. Demasiado trabajo, quizás... O esa bendita fijación con esa ciudadela. El consejo de Arrué fue el mismo que le diera cada vez que la charla llegaba a su fin:

—Hoy es sábado, aún no es mediodía. Agarra una maleta, mete cuatro pilchas en ella; cierra la puerta con llave, y enfila directamente hacia la ciudadela...—sugirió, señalando con dirección al oriente—¡Y quédate allá por el fin de semana, por Dios, antes de que tus «dèjà vu» se conviertan en algo patológico!...

## 2

La joven estaba asustada. La primera vez que se encontró con un papel en la mano, fue en un café literario, mientras hojeaba un enorme libro de arte del Renacimiento. Un turista belga estaba sentado a tres metros de ella, bebiendo un café minúsculo mientras consultaba un mapa de esos que venden en el Paseo Ahumada para turistas despistados. En un minuto, ella compartía la mirada entre una pintura de Juan Pantoja de la Cruz del período Cinquecento y las facciones de muñeco de porcelana del belga; en otro minuto, la máxima expresión de manierismo se solapaba con un cruce de miradas.

Una sonrisa coqueta...

Al segundo siguiente, ella miraba hacia la biblioteca de enfrente. Una mesa vacía. El belga había desaparecido. El libro estaba sobre la mesa y en sus manos, un papel, escrito con una letra imposible, dificultosa, con la caligrafía propia de un enfermo de Parkinson tardío.

El papel tenía un mensaje que indicaba un lugar y un momento, más un guarismo escrito con letras pequeñas debajo de las palabras: «CONSERVAR».

Amanda miró hacia la puerta, y comprobó que el muchacho abandonaba el lugar para tomar un taxi. Frunció el entrecejo y apretó sus labios mientras arrugaba el estúpido mensaje, de manera automática, como si su mente hubiese actuado aparte de su conciencia,

desechando algo que no podía responder ni a lo ilógico de una absurda situación.

Amanda no acostumbraba visitar esos sitios. Sabía que el café que vendían ahí no valía lo que cobraban por él, pero, esa tarde, saturada de una clase incomprensible en la facultad de Arte, decidió enfilarse sus pasos hacia ese lugar. No estaba para encajar en los planes de sus compañeras. Algo la mantenía inquieta, pero nunca supo qué era.

Olvidó el mensaje, así como el papel, y dos días más tarde se encontraba sentada, arrimada a un árbol sempiterno del parque universitario, luego del almuerzo. Repasaba ciertos apuntes, y cuando ya leía la quinta hoja, recordó el papel y las palabras dibujadas en él. Observó la hora y se dio cuenta que ella estaba en el lugar y momento exactos sugeridos por ese mensaje. Hurgó entre sus cosas dentro de su morral y al fin pudo encontrarlo...

Esa fue la segunda ocasión en que se descubrió mirando la pared del edificio de enfrente, con un nuevo papel en la mano conteniendo otro mensaje cuya misma caligrafía atrofiada le indicaba que esa misma noche, a las ocho con cinco minutos, no debía cruzar la Avenida Grecia. Otra cadena de letras enlazadas sin lógica ni razón, debajo de la misma palabra «CONSERVAR».

¿Se estaba volviendo loca? Ni siquiera tenía poses de genio y figura, muy propias de los novatos que aspiran a ser grandes artistas. No tenía manías y hasta la sobriedad le sonreía en su vestir. Y, sin embargo, ya existían dos papeles escritos por alguien, que debía ser ella misma. «Loca», por lo pronto, fue la sentencia de su mente. «¿Qué dirá mi madre de todo eso?», pensó la muchachita. Su pobre madre, una mujer buena, no podría ver a su hija coronando sus años de esfuerzo, más que con una corona de espinas eléctricas.

Amanda sacudió la cabeza con energía. Soltó algunas lágrimas de impotencia ante lo desconocido y ante la mala suerte de ser ella a quien le tocara el número premiado del desquicio.

Se sintió desolada, pisando sobre terreno yermo a pesar de la frondosidad que la rodeaba. La luz se había ido hace rato. Ella no entró a clases y se dedicó a derivar sus pensamientos en largas caminatas que la llevaron de un extremo a otro del campus. Con sus pensamientos fijos en la demencia, soltando lágrimas impotentes de vez en cuando, dejó que sus pies la llevaran hacia la salida y luego hacia el cruce de la avenida Macul con avenida Grecia. Su pecho estaba apretado y con una mano sujetando su corazón, cuando ya ponía un pie sobre el paso de peatones porque la luz del semáforo se lo permitía, se detuvo recordando el último mensaje. En ese momento, ¿tal vez, medio segundo?, una motocicleta pasó como una sombra ruidosa frente a sus narices, la que a continuación se convirtió en una sombra alada luego de hundir la puerta de una camioneta con su rueda delantera.

La mente de Amanda se fue a blanco. Observó los eventos, pero nada pudo reflexionar, y solo atinó a mirar su reloj que marcaba la hora señalada. Cinco segundos después, se dio cuenta de que ella habría sido quien abollara la puerta de ese vehículo...

¿Impresionada? Es posible; ¿Asustada? No se puede asegurar. «¡Roberto!», pensó la muchacha. Tal vez, él podría comprender algo de la locura que vivía, y le daría el consuelo que necesitaba...

### 3

«El trabajo, amigo mío... ¡Me tiene jodido el bendito trabajo!» señaló Arrué a su amigo quien lo esperaba paciente desde hace media hora. Un café a medio consumir y dos colillas aplastadas en el plato, frías y cuyas cenizas disgregadas sobre el mantel se confundían con restos de grano pulverizado proveniente de las mejores

semillas de los cafetales colombianos, daban un aspecto de desorden engañoso a la mesa.

Por esa razón a Morgado le encantaba ese lugar: por el auténtico aroma de los cafetales que tuvo la suerte de conocer, hace un par de años, cuando sus labores de coordinación de la Asociación de Filósofos Latinoamericanos lo bendijeron con un viaje corto hacia esas tierras morenas. Además, podía fumar y botar las colillas en el mismo plato del café, costumbre muy arraigada y psicológicamente profiláctica para ese hombre.

Un telefonazo de su amigo lo citó en ese lugar. Tenía dudas, definidas por aquel como «razonables», por lo que se hizo acompañar por un libro grueso y de cuidado empaste, el cual nivelaba un viejo mueble de su pieza. Tuvo que reemplazar en tan vergonzosa tarea a ese magnífico ejemplar, casi hecho a la medida, por un texto de Cassirer más un tomo de la revista de Filosofía de la universidad. Le dolió lo de Cassirer, pero no tuvo alternativas, dado que entre el contacto telefónico y la hora de la reunión distaba un trecho más bien corto de tiempo. En fin, se dijo a sí mismo que, regresando a su departamento, Cassirer volvería a su velador y el mamotreto cuidadosamente empastado volvería a su lugar, debajo de la pata quebrada de la cómoda... Y en cuanto a la revista, tan solo tendría que moverla unos cuantos centímetros hacia la muralla del fondo, que fue donde la encontró, por mera casualidad.

—Bien, soy todo oídos...

Arrué se acomodó enfrente de Morgado; exhaló un profundo suspiro y, a continuación, pidió un café a la mesera buenamoza. Aunque Arrué le llevaba cerca de dos décadas de ventaja, se podría decir que ambos amigos eran contemporáneos en edad mental.

Al psiquiatra le encantaba reunirse con su amigo el filósofo, y discurrir en los vericuetos de las profundas implicaciones existenciales que el hombre observaba en el cotidiano andar de su especiali-

dad, porque un pensamiento secreto le daba vueltas por la cabeza, y era que mientras un hombre común necesitara a un psiquiatra (o a un psicólogo), éste último necesitará a un filósofo.

Para él, cada loco tiene un tema, y a veces esos temas son confusos y, al mismo tiempo, fascinantes, como era el caso de un recién llegado, un caso excepcional...

—¿Qué me puedes decir acerca de «decodificar la realidad»?—preguntó Arrué tras beber un sorbo humeante de su café.

—El hombre decodifica la realidad constantemente—señaló el aludido—: esa es una cuestión que aún no puede ser resuelta, desde un enfoque científico, claro.

Arrué no comprendió, y Morgado tuvo que explayarse en cuestiones técnicas en un lenguaje más bien aterrizado, que se resume en que el hombre solo puede acceder a una idea de eso a través de un fenómeno, un contenido de la consciencia producido en la mente.

—¿Quieres decir que nuestra mente es la que decodifica todo y que no tenemos ninguna posibilidad de saber qué es lo que «realmente» hay allá afuera?

Fue una pregunta ingenua, viniendo de un psiquiatra, y Morgado respondió tan solo con la palabra “Kant”, y una sonrisa burlona. Arrué sonrió con desgano:

—Entre este paciente y Cereceda, ¡me van a volver loco!—reflexionó el psiquiatra, con un dejo extraño para Morgado, refiriéndose a su paciente y al conocido de ambos—Te he hablado antes de Cereceda: tiene una fijación con una ciudadela de la cordillera cuyas luces se pueden ver por algunos minutos al atardecer. ¿Quieres saber lo que me preguntó la última vez que conversamos? Me preguntó: «¿crees que debería pasar un fin de semana en ese lugar?»...

—Me interesa saber más sobre tu paciente, porque de psiquiatras...—señaló Morgado, y se largó a reír.

—Él es matemático... creo que lo es. Tuvimos que someterlo a un fuerte tratamiento debido a que es un pájaro de cuentas, no sé si me entiendes.

—¿Tiene problemas con la justicia?

—Sí, pero eso no es todo: está implicado en un homicidio, pero, además, intentó el suicidio... ¡Por eso lo tengo como huésped!

—Me parece algo clásico en estos casos—señaló Morgado.

—Bueno, al parecer sí... Pero hay algo en este tipo que me hace reflexionar más de lo debido...

—¿Cuál es su nombre?

—Wilder... Tiene ascendiente alemán: Oscar Wilder Wolf.

—¡Wolf! Vaya... ¡Lobo!

—En inglés, claro... Pero, en alemán, no sé que diablos significa. Bueno, su nombre no importa. Lo que sí me importa es lo que me ha dicho acerca de la realidad.

Morgado se acomodó en su asiento. Tuvo curiosidad, pero quiso jugarle una broma a su amigo.

—¿Qué cosa podría llamar tu atención de lo que podría decir un loco? ¡Yo haría una reflexión por ese lado!

Arrué lo observó con la mirada fija. No sonrió.

—Lo diagnostiqué: tiene esquizofrenia. Técnicamente, no está loco: es recuperable si se medica correctamente...

—¡Okay! ¡No hace falta que me expliques más! Mejor dime qué te ha dicho ese hombre.

El psiquiatra resopló, perdiendo su mirada hacia el paseo atestado de transeúntes. Un par de ellos observaron un rostro rayano la incertidumbre y uno demacrado por el despecho; uno de ellos se preguntó si acaso su pensión tenía algo que ver. Pero, Arrué estaba con mucho de esa y de cualquier otra divagación mundana. En su

memoria aún resonaba la conversación que tuviera con el interno, aprovechando una isla de lucidez.

Luego de hacer un gesto como si despertara de un letargo involuntario, registró la mesa con la mirada ávida, y dedujo que el pequeño azucarero sería un buen material para ejemplificar lo que pudo entender. Morgado enarcó las cejas, con la mente dibujando un paisaje de niño de 2 años, con un signo de interrogación estampado en sus pupilas.

—Ubicaste el azucarero en medio de la mesa, luego de hacerle espacio... Tu silencio no es muy ilustrativo.

Arrué hizo un gesto de espera con la mano. Trataba de encontrar las palabras más adecuadas.

—¿Sabes por qué me gusta mucho conversar contigo?—preguntó, con tintes de molestia.

—¿Por mi encanto?

—Porque eres el único que no me apresura. Pero ya sé por dónde empezar: observa ese azucarero... Creo que empecé mal: no debí ponerlo ahí...

Morgado se encogió de hombros. El psiquiatra levantó el azucarero, y lo mantuvo pendiente sobre la mesa.

—Imagina que ese espacio es, en verdad, un universo... ¡Un universo en dos dimensiones!

—Me cuesta imaginar una cosa así...

—¡Solo piensa en una sombra!—escuchó Arrué decir a Wilder—¡Una sombra solo tiene largo y ancho!

—Estás hablando de proyección, ¿no es así? Ahora lo entiendo.

—¡Bien! Fíjate qué sucederá cuando coloque este azucarero de tres dimensiones sobre este universo. ¿Qué crees que verían esos seres? Es claro que no pueden ver el azucarero en sus dimensiones originales...

—Pues... ¡Si vas a responderte tus propias preguntas!

Arrué hizo un gesto de desagrado. Un chasquido.

—¡Solo piensa! ¿Qué verían?

—No lo sé...

—¡Vamos! ¡No creo que sea tan difícil! ¿Qué crees que verían?

Morgado reflexionó un rato mientras se sobaba el mentón. Echó una mirada inquisitiva a su interlocutor. Hizo un amago, pero se contuvo. Reflexionó por otro par de segundos.

—Aún no estoy invocando al filósofo...—festinó, al ver la cara de duda de Morgado—recién estoy preparando el experimento...

—¡Está bien! Imagino que verían algo que ocupa un espacio... Algo como la forma de la base del azucarero, una forma circular, supongo...

Arrué meneó la cabeza. Wilder lo hacía al mismo tiempo.

—Supones mal...—al oír esto, el filósofo agrió el rostro—Un círculo se ve desde nuestra perspectiva... Ellos solo verían líneas y puntos—señaló—: líneas que avanzan rectas, o curvas... Y, entonces...

—¡Ellos verían una línea curva, que no tiene fin! ¿Supongo bien?

—¡Ahora supones bien!—exclamó Wilder en la mente del psiquiatra—Es como tú lo dijiste en un comienzo...

—Proyección.

—¡Claro! ¡Proyección!

Y se sumergió por breves instantes en sus pensamientos:

—Si a estos seres no se les había ocurrido unir las puntas de una línea... bueno, ¡tendrían un conocimiento nuevo, extraordinario!

—¿Y bien? ¿Eso te dijo? No me suena a «descubrimiento trascendental»—bromeó el filósofo—. Ahora recuerdo a Carl Sagan dando un ejemplo semejante en uno de los capítulos de “Cosmos”...

—¡No, no! ¡No es todo!... Wilder me dio a entender la posibilidad de la existencia de otras dimensiones superiores a la nuestra, cuyos seres podrían proyectarse aquí, tal como nosotros proyectamos

sombras, o como podría proyectarse este azucarero sobre el hipotético universo plano representado por la mesa...

—Me parece lógico.

—¡Claro que lo es! Y si uno de esos seres llega a proyectarse sobre nuestra dimensión, ¿veríamos algo extraordinario? ¿Sería su proyección una cosa nunca antes vista?

—No necesariamente—se apresuró en contestar el filósofo—Acabas de mencionar la idea de «percepción»: nosotros «podríamos ver» algo, y ese algo debería ser decodificado por nuestro cerebro. ¡Es probable que esos seres de la segunda dimensión conocieran la «línea sin fin», si ya eran capaces de concebir líneas curvas!

Arrué sonrió con satisfacción, su rostro se iluminaba a cada segundo.

—Nosotros le daríamos una forma a esta proyección, porque ya la habríamos intuido desde nuestro punto de vista como una forma posible, ¿tal vez, por una combinación bizarra de todo lo que nuestro cerebro contiene? Bueno... Eso no es todo: Wilder me preguntó si acaso algunas de las visiones esquizofrénicas no corresponderían a codificaciones de cosas ubicadas en dimensiones superiores, de pronto proyectadas en nuestra dimensión... ¿Su proyección sería algo diferente de lo que nuestro cerebro sería capaz de decodificar?

Morgado resopló. De pronto dedujo que la conversación no sería tan distendida como lo pensó antes de llegar.

—¡Ese hombre terminará volviéndote loco!

Arrué largó una risotada, aunque en su mirada se reflejaba el desconcierto.

—¿Qué decodificaríamos?—preguntó, endureciendo la mirada—¿Tendría que ser algo extraordinario, algo nunca antes visto?

—¡No, por supuesto que no!

—¿Entonces?

—¡No podemos concebir nada que no hayamos visto antes! Quiero decir, cualquier cosa que imaginemos siempre estará compuesta por cosas de nuestra propia experiencia. Por ejemplo, el caballo y el águila son dos especies conocidas: deja que la imaginación actúe libremente, y aparecerá Pegaso, el caballo que vuela. Ahora bien, si ese «algo» pudiese proyectarse en nuestra dimensión, debería tener en, a lo menos, tres de sus dimensiones, lo suficiente como para que nuestro cerebro pudiese decodificarlo. De lo contrario...

—De lo contrario...—aventuró el psiquiatra—No podríamos verlo, ¿no es así?

—Imagino que no... O bien, sería algo tan distinto, tan nuevo y original, que nos desconcertaría en un primer momento... Supongo que tendríamos miedo de «aquello». No obstante, como ya te lo dije antes, si acaso ya lo intuimos, o si eso se volviese recurrente, algo regular, imagino que se volvería parte de nuestra experiencia, de nuestra percepción.

Silencio.

—Pero, sería una locura para quien no pudiese percibirlo—concluyó Morgado, en medio de un prolongado suspiro.

Más silencio.

—Todas las visiones manifestadas en mis pacientes, y en la casuística clínica, corresponden a objetos que pueden ser perfectamente representables en términos de cosas que hemos conocido de antemano. No conozco a ningún paciente que haya manifestado algo en verdad original.

—Entonces, ¿qué te mantiene tan desconcertado? Imagino que las visiones que ha tenido ese hombre no son originales, y lo puedo deducir por tus propias palabras. Luego, el asunto está resuelto, ¿no?

Arrué meneó la cabeza. Ya lo temía Morgado.

—Wilder mencionó que nuestra percepción depende de un modelo matemático, así lo llamó, un modelo: este es algo así como una función, y creo entenderle cuando lo menciona por lo que aprendimos en el colegio...

—Sé perfectamente lo que es una función. Recuerda que me especializo en filosofía de la matemática.

—Por eso he querido hablar contigo sobre esto, y con nadie más... Bueno, lo que dijo este fulano fue que este modelo depende de un «filtro», algo que está basado en la proporción divina. La espiral y esas cosas las podemos ver porque este filtro, que se ubica en el seno de nuestra percepción, en el motor mismo, en nuestro cerebro, lo permite. Él dijo que cualquier cosa proyectada en nuestro universo tendría que poseer, a lo menos, esta proporción como parte de su «proporción original», una que sería mucho más compleja quizás, algo imposible de revelarse aquí, salvo por su proyección, la cual mantendría la proporción divina como parte de las tres dimensiones proyectadas. Nuestra percepción solo podría decodificar aquello que mantuviese en su seno, en su ser, esta proporción, y no otra...

—¿Y?—festinó Morgado ante el repentino silencio de su amigo.

—Me hizo una aseveración, y algunas preguntas que yo considero desconcertantes, y que, te lo aseguro, me han mantenido con dolor de cabeza durante muchos días...

—¿Cuáles son esas preguntas? ¡Por Dios, cuáles!

Arrué fue abordado por una súbita inquietud. En una actitud irrecognocible para Morgado, comenzó a jugar con sus pulgares. Su mirada bailaba al son de una alocada sinfonía.

—Nuestro mundo podría no existir como tal, sino, ser el reflejo, la proyección de otro mundo, una dimensión superior, que a su vez, sería la proyección de otro superior a él... ¡Una sombra se mueve al son de nuestros movimientos! Si la sombra tuviese una cons-

ciencia propia, desconocida para nosotros, ¿sabría que sus movimientos no existen, que su actividad y decisiones no son de ella, sino, de nosotros, los entes superiores? ¿Y si nosotros fuéramos la sombra de un universo diferente? ¿Si todo lo que percibimos no es otra cosa que una proyección de ese universo? Después de todo—habló Wilder en sus pensamientos—cada cosa en este universo puede proyectar una sombra... ¿Si mi consciencia en tridimensional, podría esperar que la consciencia de mi sombra fuera plana? ¿Y la consciencia del ente superior que se proyecta en mí? ¿Es una consciencia superior también? ¿Se trata de una misma consciencia, pero que pierde algo con cada proyección? ¿Podemos hablar de libre albedrío? La existencia de dimensiones superiores decreta el mismo problema para cada ente habitante de cada una de esas dimensiones... Y si el número de estas dimensiones fuese infinito, ¿Existiría algo en verdad? Yo no sé...

Morgado comprendió una especie de trampa en todo eso. Detectó el inicio de una idea que bien podría hacerse viral, con el peligro latente de la locura. Se largó a reír. Su risa interrumpió la caída libre que experimentaba la mente de Arrué.

—Pero... ¿Por qué te ríes?

—¡El hombre es un matemático! Te presentó un argumento muy lógico, no lo niego, y dentro de esa argumentación, al parecer, brillantemente expuesta, te llevó hacia un callejón sin salida, que no sería otra cosa que una derivación lógica de los propios argumentos...

—¿Lo crees?

—... ¡Y tú caíste! ¡Como un niño! ¡Sí, hombre! ¡Caíste como un niño! Fue tan convincente, que removió los cimientos de una persona con tu preparación... ¡Tanto carrete, amigo mío! Tu volantín vuela más allá de la estratósfera. Y, sin embargo... ¡Vaya que sí es

inteligente ese tipo! Nunca te había visto tan desconcertado por lo que te dijera un loco.

Arrué sonrió, sonrojado, porque se dio cuenta de que, en verdad, había sido víctima de un juego. Él, más que nadie, debía permanecer fiel a los dictámenes de las leyes que rigen la convención de lo real.

—No te llamé para que me avergonzaras...

—¡Discúlpame si te pareció eso!... Bueno, quizás se me pasó la mano un poco. Pero, realmente pienso que le diste mucha cuerda a ese sujeto... ¡Y no quiero imaginarme qué sucedería si reflexionaras en las cosas que te dirá el resto de tus pacientes! Pero, sí imagino que el psiquiátrico debe ser el caldo de cultivo de una cantidad impresionante de teorías. ¿Qué sucedería si haces eco de ellas?

Arrué sacó un pañuelo de su bolsillo y enjugó una repentina sudoración. Sonrió, pero su sonrisa tuvo más de nerviosa que de conciliadora.

—Terminaría encerrado junto con ellos... Pero, ¿qué hay allá afuera? ¿Qué hay más allá de nuestros sentidos? ¡Las sombras existen! Y tú mismo me has dicho hasta el cansancio que la matemática es la verdad detrás del universo...

—... La matemática es una herramienta. Pensar en ella como algo más que eso, es traspasar una frontera peligrosa. Sí, es cierto: te he dicho que es la verdad detrás del universo... ¡Detrás de éste universo! La intuimos, la empleamos para explicar, pero siempre lo haremos teniendo como techo nuestros propios límites, porque ésta ha sido intuida aquí...

Morgado golpeó con dureza sobre la mesa con su dedo índice. Arrué meneó la cabeza en clara desaprobación.

Un dejo de compasión asomó en la mirada del filósofo. Sacó una cajetilla desde su chaqueta, extrajo un cigarrillo y dio tres golpecitos.

tos sobre la mesa por el lado del filtro. Había recordado de súbito que había pasado mucho tiempo sin aprovechar el momento ni el lugar para disfrutar de su gusto acostumbrado. Lo encendió. Aspiró el humo azul y exhaló el humo blanco como si fuese la última vez.

—¿Qué hay más allá?—insistió.

Apretó los puños.

—Yo sé lo que hay—respondió al fin, en medio de la expectación de Arrué. Sus palabras sonaron seguras, sentenciosas, con un aire de superioridad extraña y sugerente.

El psiquiatra lanzó una silenciosa exclamación. Luego, amagó una risa y su mirada se volvió incrédula.

—¿Qué sabes?—preguntó, con un dejo de duda mezclado con ansiedad.

A Morgado le gustaba mucho ese lugar, ese espacio curioso con ese amigo en particular, porque podía disfrutar de esa sensación ineludible, cierta, que en otro lugar no podía ni imaginar. Dudó su respuesta, porque pensó que aquello terminaría por enloquecerlo. Pensaba decirle “Dios”, pero pronto dedujo que aquello era una mala idea, plantaría la semilla de una nueva pregunta, una que en verdad no tiene respuesta.

Observó su reloj, ese curioso aparato que marcaba el compás de un movimiento ilusorio, y estimó que su tiempo se había acabado.

—Pregúntamelo más tarde, quizás otro día, ¿okay?

—¿Y por qué no ahora?

La mirada de Arrué saturada de necesidad, sus gestos colmados de una necesidad pegajosa, como pigmentos tatuados sobre la piel; la necesidad de creer se desprendió de todas sus moléculas como el aroma de la lavanda se desprende al refregarla con los dedos.

Hubo un instante en que Morgado se maldijo por haber dicho lo que dijo.

—Porque la respuesta es muy larga, quizás sea una nueva pregunta, y ya no tengo tiempo... ¡Se me acabó!... ¡Oh!—exclamó, llevándose la palma a la frente— ¡El «tiempo», amigo mío! ¿Sabías que Tomás de Aquino decía que él sabía lo que era el tiempo, hasta que alguien se lo preguntaba? ¿Y quién soy yo al lado de ese hombre?

Arrué frunció el entrecejo. Morgado rió; le dio un par de palmadas amistosas en la cara. Luego, se puso de pie, tomó esos libros que solo significaron un estorbo. Notó que sus rodillas le temblaban, y todo a su alrededor comenzó a temblar, como si de pronto el mundo que giraba alrededor de la estrella caliente y blanca fuese atravesado por un estremecimiento ondulatorio.

—Te aconsejo, como filósofo, a ti, un psiquiatra, que olvides esta conversación, tal como olvidaste el teléfono en tu oficina... Olvida lo que te dijo ese sujeto. Tómalo como un consejo serio: médicalo, devuélvelo a la realidad, y sigue tu vida. Yo haré algo similar: asumiré que no conversamos sobre estas cosas, que bien podrían volver loco a cualquiera, incluso a un sujeto como tú. Cuando me preguntes sobre esta conversación, te aseguro que no sabré de qué me estás hablando, aunque insistas. Te aprecio mucho, amigo mío...

Posó su mano cálida sobre el hombro de Arrué, y éste le devolvió una sonrisa sincera: éste se sintió agradecido, sensación que le pareció extraña solo después de que su amigo se marchó.

Arrué quedó solo en esa mesa, viéndolo desaparecer entre la gente, los arbustos y los árboles que intentaban esquivarlo, entre los edificios que se alzaban contra la penumbra. Le quiso jugar una mala pasada a su sombra impaciente, y esperó a que su «yo» de la dimensión alterna se moviera, si es que alguna vez lo hacía (o, tal vez, ya lo estaba haciendo...).

Hurgó en su chaqueta buscando su teléfono, y descubrió que no lo tenía.

—¿Cómo diablos?...

## 4

Luego del horroroso traspie con su teoría sobre la consciencia, donde su propio amigo malogró sus pretensiones de ser un filósofo de renombre al evidenciar una falla monumental en ésta, ¡y ni más ni menos que en la presentación pública del libro!, el abogado Blas Morales decidió no perder más tiempo en elucubraciones estériles, y se dedicó a su trabajo por entero.

Pasó mucho tiempo sin que pudiese salir del duelo impuesto por su amigo el filósofo, sobre quien ya no sentía tanta consideración. Pensaba que si en verdad aquél espantajo pitagórico era su amigo, tenía la obligación de indicarle tamaña falla incrustada en el seno de sus ideas antes de incurrir en el gasto de la publicación, antes de tener que soportar la vergüenza mayúscula de verse obligado a aceptar un error de esa magnitud.

No aceptó la explicación y las reiteradas disculpas de Morgado cada vez que este era víctima de sus recriminaciones, dejando al final su amistad en el congelador.

¿Creía en su teoría, en verdad, el abogado Morales? Muchas veces se lo cuestionó: si dejaba de existir, su consciencia «saltaría» a otra línea existencial (paralela), donde, quizás, él tiene éxito con ella, ¡si, al menos, ese espantajo pitagórico no hubiese detectado esa falla! Con esa fisura incrustada en su mente, una duda punzante, temió que la muerte no fuese eso que esperaba, solo un mal sueño, o una sensación desagradable surgida en el seno de sus pensamientos. Con esa duda, probar su teoría aniquilándose a sí mismo y despertar en otra posible vida de alguno de sus «yo» alternativos, ya no le parecía una idea tan atrayente, y se sintió como

sumergido en un profundo y angosto foso de paredes de mármol pulido.

En efecto, después de aquella tarde fatídica en el auditorio de la editorial Terra Australis, Blas no volvió a ser el mismo. Se volvió un tipo huraño, ya no sonreía tanto como antes. Su seguridad también se vio trastocada, lo que lo obligó a poner mayor atención en sus labores, dado que perdía el interés muy seguido. Por esta misma razón, decidió dejar el auto en casa, empolvándose hasta nuevo aviso. Junto con eso, comenzó a sufrir frecuentes palpitaciones que le daban la sensación de ansiedad, llegando incluso a soportar pulsaciones dolorosas en la cabeza, las cuales, a veces, derivaban en fuertes jaquecas. No quiso consultar a un especialista, ni siquiera cuando notó que experimentaba una baja abrupta en su apetito. Tenía sueños esporádicos donde la muerte atormentaba sus amaneceres, y padecía también dolorosos lumbagos sin explicación.

Fue tal el cambio que experimentó, que Morgado llegó a maldecirse por no haber visto antes esa fisura, y por dejarse llevar por el calor del debate tan estúpidamente. Este también sufrió por ello, aunque podía salir de sus frustraciones circunstanciales considerando que, aunque lo hubiese detectado a tiempo, y le hubiese dicho, era muy probable que aquel no le hubiese creído.

A Morales se lo veía con regularidad regresar a pie a su hogar, recorriendo los no pocos kilómetros que lo separaban de su trabajo, y lo hacía cruzando el Parque Forestal, una hermosa ristra de verde urbanizado longitudinal a la costanera y al río Mapocho. Con ese paseo obligado, pretendía relajar sus pensamientos que de cuando en cuando lo derivaban hacia su alocada teoría.

Y fue en uno de esos paseos que conoció a un sujeto curioso, llamado Aníbal, quien de pronto quiso compartir con él el asiento que miraba hacia el monumento de la aviación.

«Esa huevada nunca fue un avión» pensaba Morales cuando de pronto, sin mediar palabras, Aníbal se sentó.

La tarde pintaba sus últimas luces naturales, y ya las otras se imponían, comenzando por el farol derruido que iluminaba los devaneos de Morales con su teoría que se resistía a morir, hasta ya oculto el sol. La claridad remanente le permitió observar un rostro azotado por una tempestad. Mirando de reojo, notó que aquel sujeto poco tenía de normal, o, al menos, debía estar a un paso del psiquiátrico. Aníbal lo miró justo en el momento en que Blas lo miraba, y ese hecho lo inició todo.

—Aníbal Rojas—se presentó, estirando su mano.

Blas no pudo rechazarlo.

—Lo veo un poco apesadumbrado, amigazo.

Aníbal amagó una sonrisa perdiendo su mirada hacia más allá del monumento.

—Es que me suceden cosas muy extrañas...

—Si es muy extraño, ¡debe tener una explicación bien sencilla!...—acotó Morales, buscando la manera de zafarse de la conversación.

—La única explicación que tengo a la mano es que me estoy volviendo loco.

Morales lo observó con extrañeza. Frunció el entrecejo y resopló. De pronto, no quiso estar ahí.

Que alguien presintiera su locura podía ser ambiguo: un sujeto normal puede creer que está loco; asimismo, un loco puede adoptar la actitud de un sujeto normal creyéndose un loco. Esa ambigüedad le sonó a Morales como el disparo que da inicio a la carrera. Intentó el escape.

—Entonces, usted necesita consultar a un psicólogo... Ahora, si me permite...

—¡No! ¡Por favor! ¡No se vaya todavía!... No, al menos, hasta que le cuente mi problema. No hay muchas personas a quienes le pueda contar. Y a un psicólogo, ¡menos! Ellos ya tienen un cuestionario listo con regias explicaciones, y todas derivadas hacia alguna dolencia mental, o a la falta de sexo, o a la voracidad de una madre... ¡En fin! Usted se me antoja lo más parecido a un desconocido en un bar...

—Pero, entonces, ¡vaya a un bar!

—No suelo ir a esos lugares. Son ruidosos, no se puede conversar. Me haría un favor muy grande si me escuchara. Después de que termine, puede hacer lo que a usted le plazca... Y no crea que esto es un embuste—aclaró cuando se percató de que Morales observaba con desconfianza hacia todas partes—Aquí hay mucha gente circulando, y suelen pasar guardias en todo momento. ¡En realidad, necesito conversar!

«La próxima vez tomaré el metro» pensó, y se arrellanó en el asiento, invitando a Aníbal a que comience con su narración con un gesto de su mano. El aludido exhaló un largo, larguísimo suspiro. Se apretó los labios y unió sus palmas.

—Desde hace unos quince días, más o menos, me vienen sucediendo cosas extraordinarias. Digo que son extraordinarias, porque jamás en mi vida había experimentado algo como eso. Debo señalarle mi profesión: soy licenciado en física...

—Y yo soy abogado—lo interrumpió con tintes jocosos— ¿Qué podría hacer un abogado frente a un físico que dice que le ocurren cosas extrañas?

—Solo escuchar, como se lo he pedido, y usted aceptó, recuérdelo.

—Bien, pero, ¿de qué me sirve que usted sea físico? ¿Qué le agrega al relato?

—Objetividad—contestó Rojas al instante.

—Por favor, continúe: ¿a qué se refiere con eso de «cosas extraordinarias»?

Aníbal se palpó el cuerpo de la chaqueta buscando sus cigarrillos, pero recordó que se había fumado el último hacía una hora.

—¿Busca cigarrillos?

—Sí... Pero se me han acabado... ¿Usted fuma?

—No. Y usted, ¿desde hace cuánto que lo hace?

—Desde hace quince días.

—¡Vaya, vaya! Esto lo tiene mal...

—Sí. Aunque no sé por qué comencé a fumar... Lo cierto es que una noche, pasada la una de la madrugada, luego de cerrar mi computador, me recliné en mi asiento y cerré los ojos. La habitación estaba iluminada solo por una lámpara de luz amarillenta, y el silencio era... ahora que lo pienso, total. Verá, yo vivo en un departamento de un edificio que está ubicado cerca de Estación Central, de hecho, la Alameda dista una cuadra, nada más. El edificio es nuevo, y vivo en el piso veinticinco. Como podrá imaginar, las ventanas no son a prueba de ruidos... Y, sin embargo, no se oía nada. El silencio era absoluto...

»Por un momento, me sumergí en un letargo agradable... Creo que estaba a punto de quedarme dormido, cuando eso ocurrió: sentí la presencia de alguien. ¡Fue tan vívida esa sensación, que solo faltaba alguien ahí! Por supuesto, yo estaba solo...

—Y, me imagino que...

—¡No creo en fantasmas!—intervino Rojas, frunciendo el entrecejo.

—La ausencia de evidencias no es evidencia de ausencia—declaró Morales, a modo de sentencia—Sin duda, deben existir energías o frecuencias extrañas que ustedes, los físicos, aún no pueden clasificar...

Aníbal sonrió.

—No es un asunto de evidencia, sino, de hechos: el universo mantiene un equilibrio necesario, donde nada es aniquilado, sino que se transforma. Materia en energía; energía en materia. La existencia de un fantasma echa por tierra ese equilibrio, porque no hay transformación ahí. Pero, no me distraiga, ¡por favor! Estoy consciente de que su tiempo es precioso. Permítame contarle los hechos...

Morales estuvo a punto de replicar sobre la existencia de las anti-partículas, pero terminó por ceder ante la exigencia de su interlocutor: después de todo, Aníbal era físico, y él era solo un abogado con fuentes panfletarias.

—Desperté de súbito, o más bien, me despabilé. ¡Y ocurrió aquello! Fue... ¡Fue desconcertante!

—¿Qué pasó?

—¡La vi!

—¿Pero qué vio?

—Desde un principio supe que era una mujer... No la vi directamente, y eso es lo más raro de todo el asunto: estoy seguro de que puedo percibirla a través del rabillo del ojo.

Morales soltó una risotada.

—Bueno, hombre... ¡Muchas cosas pueden percibirse por el rabillo del ojo!

—¿Sí?—inquirió Aníbal, con la incredulidad matizando su rostro—¿Como qué cosas, por ejemplo?

—Bueno... ¡No sé! ¡Cosas! ¡No es la primera persona que dice haber visto algo a través del rabillo del ojo!

—Podemos percibir con cierta exactitud cuando miramos dentro de nuestro rango visual. Es claro que mientras más se aleja la visión del enfoque natural de los ojos, podríamos creer que vemos cosas distorsionadas. Es simple óptica: la curvatura del ojo humano es muy parecida a la curvatura de la Tierra; es por eso que po-

demos ver a la luna tan grande cuando esta se asoma por encima de la cordillera, por la distorsión provocada por la concentración de la atmósfera. Pero esto fue distinto. No solo pude mirar algo que, me pareció, era una mujer, sino que, además, ¡pude escucharla! ¡Y estoy seguro que pedía ayuda!...

—¿La escuchó cuando estaba aletargado?

—No. Ya había despertado... Sé que le sonará a locura. ¡Yo mismo dudo! Pero hay una prueba que es difícil de desacreditar...

—¿Cuál sería esa prueba?

—Una fotografía.

Morales no aguantó la risa. No pudo hacerlo, y pensó que era mejor no intentarlo, porque era probable que eso indignara al loco que tenía al lado, y diera por terminada la conversación. En la mente del abogado no existía nada más maleable que una fotografía.

Pero, Aníbal no se inmutó. Esperaba esa reacción.

—No espero que me crea. Y le agradezco mucho por escucharme...

—¡No! ¡Espere por favor!—Morales no aguantó la morbosidad—  
¡No se vaya todavía! ¿Tiene la fotografía? ¡No me vaya a dejar con la mano extendida!

Rojas volvió a su asiento, y desde el bolsillo interior de su chaqueta extrajo una cámara Nikon de buena resolución. Era de las costosas. Buscó entre sus archivos.

—Es ésta...

La cámara cambió de manos. En un principio, Morales no pudo reconocer lo que ahí se revelaba.

Con una pobre resolución, observó un manchón de colores opacos con una forma irregular que pronto adoptó las facciones de una mujer. Parecía que la imagen había sido retocada con algún filtro que le dio forma esférica al entorno. Segundos después, el rostro le

fue claro: los ojos, la boca abierta y los agujeros nasales, todo dispuesto para demostrar terror inenarrable.

Algunas ideas extrañas pasaron por la mente de Morales en ese momento. Ideas tan alocadas como que ese sujeto era un psicópata que necesitaba mostrar su arte a cualquiera con tal de saciar su necesidad de publicidad. Fueron pensamientos bastante negros que lo hicieron recelar de su interlocutor.

Aníbal cerró los ojos, y se dejó caer sobre el espaldar del asiento. Morales aprovechó el instante para revisar las restantes imágenes. No tenía muchas, solo habían trece, de las cuales, las últimas nueve retrataban lo más parecido a un rostro suplicante. Era el mismo rostro, o así lo pudo deducir luego de repasar las fotografías, una y otra vez. La fecha de la primera imagen se correspondía con la fecha dada por Aníbal como el inicio de esas manifestaciones. Las demás imágenes habían sido tomadas en intervalos irregulares, cada dos días, cada cinco días... Todas parecían haber sido retocadas con el mismo filtro que les dio esfericidad.

—¡No puedo!—gritó Aníbal, de pronto, llevándose sus manos al rostro.

Aquello sobresaltó al abogado, cuyo recelo aumentaba en proporción con la densidad del momento.

—¿Qué le pasa, amigazo?—preguntó, dispuesto a salir corriendo. De pronto, Aníbal se irguió. Su mirada se congeló sobre la gravilla. Su expresión magnificaba cualquier rostro de locura que Morales haya tenido la suerte de conocer. Sin aviso, Aníbal arrebató la cámara de las manos del abogado, la apuntó hacia el borde exterior del ojo derecho, con una separación de unos diez centímetros, y disparó.

—¡No sé qué hacer con «eso»!—chilló a continuación—¡Es mucho para mí! ¡Una monstruosidad!

Soltó la cámara y corrió chillando esas últimas y terribles palabras hasta perderse por las escaleras de acceso a la estación Salvador. Morales la recogió, atravesado por un estremecimiento, del cual, ni con un sacudón energético pudo desprenderse.

Si hubiese podido despegar su atónita mirada de la imagen, de la fecha y hora de su obtención, habría sabido cómo llegó a su departamento; si su mente no se hubiese llenado de pensamientos tormentosos ahora mezclados con los nuevos, con un fuerte matiz de horror sobrenatural que no pudo racionalizar, o si no se hubiese dejado llevar por esa enorme sensación de ansiedad que lo abordó, esa noche habría podido mantenerse despierto, o habría podido conciliar el sueño, ¡o, incluso, haber caído en una suerte de trance! Pero, ¡nada de eso pudo hacer!

## Capítulo 2

### 5

El día: nublado. La madrugada terminó con un sabor amargo lo que fue una noche de sexo del bueno según la promesa de Roberto. El muchacho tenía eso, podía hacer que Amanda sintiera desprenderse cada molécula de su cuerpo y volver a rearmarse en medio de múltiples orgasmos, ver estrellas fulgurar como supernovas, palidecer como «enanas blancas», y volver a brillar como si estas recién salieran del cascarón nebular con sus colores y sinfonías silenciosas. Pero solo podía hacer eso: darle un buen momento, quizás bello, quizás inolvidable. Y nada más.

Abrazada a su cuerpo, observando retazos de nubes colmar el cielo más allá de la ventana, le contó sobre sus experiencias. Roberto sonrió, aún sentía la agitación en su pecho. La miró de reojo, y le dijo que debía hacerse ver. Ella quería oír un «no te preocupes, mi amor», quería sentir un abrazo sin más intención que demostrar la